

Cidse

Cali, junio 2008
No. 06

EDITOR:

Comité de Investigaciones
de la Facultad de Ciencias
Sociales y Económicas de
la Universidad del Valle.

Esta es una publicación
del Centro de
Investigaciones
y Documentación
Socioeconómica
CIDSE

de la Facultad de Ciencias
Sociales y Económicas de
la Universidad del Valle

Participa en este número

María Cristina Tenorio

Profesora de

Psicología Cultural

– Instituto de Psicología

Grupo de Investigación Cultura

y Desarrollo Humano

Ph. D. en Psicología de la
Comunicación, Universidad

Autónoma de Barcelona

¿PARA QUÉ SIRVE INGRESAR A LA UNIVERSIDAD?

Cada semestre, un alto número de primíparos ingresa a la Universidad del Valle con inmensas expectativas. Luego de pasar el ICFES, inscribirse en una carrera, y ser admitidos, para muchos el sueño ya se cumplió: tienen cupo en la universidad y llegarán a ser doctores – quizá los primeros profesionales de su familia. Todos festejan, pues lograron lo más difícil: la admisión. Tanto para la familia, como para el o la joven, e incluso para sus profesores de colegio, haber sido admitido es la prueba de que el joven está listo para ser estudiante universitario. A semejanza de los ritos de paso de las sociedades tradicionales, el ingreso es el ritual, y lograr el cupo anhelado es garantizarse un lugar entre los elegidos; entre aquellos que gracias a sus méritos académicos podrán ascender socialmente y triunfar. No obstante, no se trata de situaciones análogas. A quien cumplía un rito de paso, nadie le preguntaba, después de haberlo pasado, si realmente era poseedor de la fuerza, el valor, la destreza o cualquier otro rasgo de carácter o habilidad corporal que el ritual ponía a prueba; todos sabían que ya se había vuelto un adulto e iba a comportarse como tal. A diferencia del ritual, las estadísticas de deserción de nuestra universidad nos señalan que haber sido admitido no significa ser poseedor de las habilidades, conocimientos y actitudes que la universidad le va a exigir. Es así como luego de 2 o 3 semestres muchos de quienes creían haber logrado la posición social de estudiante universitario de manera permanente, salen luego de caer en un 2º bajo rendimiento.

Esta situación ha sido considerada y evaluada, hasta ahora, desde una sola perspectiva, que se enfoca en el *fracaso académico de los estudiantes*, quienes son así expulsados del sistema, creando las cifras de «alta deserción» en el primer ciclo. Los recién admitidos son expulsados sin haber logrado sostenerse en la carrera en que se inscribieron, ni menos aún trasladarse a la carrera anhelada. Podemos, no obstante, dar un giro al enfoque, para intentar *analizar cómo la universidad participa en este fracaso*. En primer lugar consideraremos qué razones curriculares determinan este fracaso anunciado, y en segundo lugar veremos, qué gana un estudiante durante los dos semestres de su permanencia en la universidad – es decir, de qué le sirve haber pasado por una institución de educación superior.

Crónica de un fracaso anunciado

Desertar significa abandonar, no continuar; el sujeto de la deserción es quien toma la decisión de no seguir. Curiosamente el MEN, y con él las diversas instituciones educativas colombianas, desde hace algunos años califican como deserción una situación que los estudiantes viven pasiva y dolorosamente: *la expulsión por bajo rendimiento*. La decisión de suspensión de matrícula -basada en normas institucionales- es notificada al estudiante por la oficina de Registro Académico. Él no decide desertar; él no deserta; él es sacado porque no dio la medida, porque sus



promedios fueron demasiado bajos durante 2 o 3 semestres. ¿Por qué entonces este uso institucional inadecuado del término? ¿Qué oculta? Y por ello mismo, ¿de qué es síntoma?

Con el fin de aumentar las cifras de cobertura de la educación superior el gobierno ha tomado diversas medidas y planteado exigencias a las universidades públicas¹, que en los últimos 5 años han llevado en la Universidad del Valle a un aumento muy significativo de los estudiantes admitidos. Sin embargo, y como bien lo señaló la actual Ministra de Educación, en noviembre del 2004, al instalar el primer *Encuentro Internacional sobre Deserción en Educación Superior*, «una de las prioridades en materia educativa del país es la de aumentar la tasa de cobertura en educación superior, no sólo a través de la creación de nuevos cupos, sino aunando esfuerzos para que los jóvenes que entren al sistema permanezcan y culminen exitosamente el programa académico elegido». (El subrayado es nuestro).

Por tanto, el aumento de cobertura no se refiere solamente a aumentar el ingreso, sino que exige: 1. lograr la permanencia de quienes ingresan; 2. culminar la carrera. La Universidad del Valle no puede mostrar orgullosamente mejores cifras de ingreso, si estas no van a la par con buenas cifras de permanencia². Examinemos en primer lugar de qué manera la organización curricular de los primeros semestres conduce al fracaso.

Según normas de Registro Académico (y también para garantizarles cupos en los laboratorios³ y cursos que tienen alta demanda para repetición de quienes los

han perdido), el director de programa matricula de oficio a los primíparos en todas las asignaturas obligatorias de su carrera para primer semestre; el estudiante matriculará a continuación, según sus intereses y disponibilidad de cupos y horarios, las electivas complementarias y las obligatorias de Ley. Sin embargo, si al terminar el semestre ha perdido una o más asignaturas de las obligatorias de su carrera, debe matricularla de inmediato, aún a sabiendas de que volverá a perderla, pues no tiene las condiciones para aprobarla [carece de los conocimientos básicos para comprenderla, no ha desarrollado los hábitos de trabajo intelectual ni las habilidades académicas requeridos a nivel universitario] y no existe ninguna mediación, ofrecida por el programa de estudios ni por la universidad, para que las logre. Es como la «crónica de un fracaso anunciado». Semestre tras semestre hemos sido testigos impotentes⁴ de estos fracasos. Impotentes, porque a quien acaba de fracasar rotundamente en el aprendizaje de un curso - a pesar de haber puesto todo su empeño - no hay cómo ayudarlo a lograr mágicamente lo que la secundaria no le dio⁵. Todos reconocemos que quien no sabe nadar no puede competir con nadadores experimentados; detendríamos al que tuviera tal pretensión. Sin embargo, nadar podría ser más fácil que seguir en primer semestre las complejas explicaciones del profesor o del libro, y dar cuenta de su comprensión en las tareas, quizzes, exámenes y trabajos. ¿Por qué los profesores no caemos en cuenta de que muchos de nuestros estudiantes no están listos para seguir adecuadamente el programa de curso que les enseñamos? Al que trata de nadar y no lo logra, arries-

¹ «... el Ministerio de Educación Nacional en su Plan de Desarrollo Sectorial «La Revolución Educativa 2002-2006», se ha comprometido a generar 400.000 nuevos cupos a partir de 6 estrategias: Fomento de la técnica y tecnológica, creación de Centros Comunitarios de Educación Superior, Uso de nuevas metodologías y tecnologías, Crédito Educativo ACCES, Apoyo a la gestión de las IES y estrategias para disminuir la deserción. Durante los años 2003 y 2004 se generaron 103.903, lo que equivale a un aumento de la tasa de cobertura de 20.9% en el 2002 a 22.6% en el 2004. ... la tasa de deserción del sistema de educación superior, alcanzó un promedio de 52% medida para las promociones que cursaron estudios entre 1999 y 2004». Cecilia María Vélez, noviembre 17 del 2004.

² El profesor Jaime Escobar, con sus investigaciones, nos ha demostrado el gran problema que tenemos al respecto en Univalle. Su artículo en esta misma publicación - «La deserción universitaria: un problema que se debe afrontar en varias dimensiones». Número 3 de *El Observador Regional*, octubre del 2007 - señaló varias de sus causas:

³ Dado que el aumento de cobertura del 2003 en Univalle no estuvo precedido de la construcción y dotación de salones y laboratorios, los directores de programa no pueden aplazarle a uno de sus primíparos para otro semestre la matrícula de un laboratorio. La escasez de puestos de trabajo en los escasos laboratorios existentes impide tomar decisiones sensatas basadas en las condiciones reales de aprendizaje de los estudiantes. Estos están sometidos a los estrechísimos límites y restricciones del sistema curricular, en lugar de que el sistema esté al servicio del aprendizaje efectivo de los estudiantes.

⁴ Desde el proyecto *Universidad y Culturas*, que coordino desde el 2005, hemos hecho vanos esfuerzos por impedir que los estudiantes que acaban de fracasar matriculen nuevamente una asignatura.

⁵ Cuando en abril del 2006 propusimos desde *Universidad y Culturas* el plan nivelatorio piloto para los estudiantes indígenas y afrodescendientes, consistente en cursos especiales de Cálculo I y II y de Español I y II - plan que se implementó con muy buenos resultados mediante el apoyo de la Vicerrectoría Académica, de la DACA y de los departamentos de Matemáticas, y de Lingüística y Filología -, lo hicimos ante la sensación de fracaso que nos invadía: declaramos que hacer el acompañamiento a quienes no tenían las habilidades académicas ni los conocimientos básicos para aprobar los cursos de la Universidad, nos reducía al frustrante papel de bomberos o de salvavidas.

gando ahogarse, lo detenemos y tratamos de que desarrolle antes las condiciones necesarias para flotar, respirar en el agua, avanzar, etc. ¿Por qué no somos sensibles de la misma manera frente a los estudiantes que «se ahogan» ante nuestros ojos?

Cumpliendo con su deber, el director del programa matricula a todos los que perdieron las asignaturas de primer semestre para que de inmediato las repitan; no pueden matricular otras asignaturas que les permitan «flotar», sentirse a gusto en el medio universitario, desarrollar nuevos intereses por lo que nunca se conoció en el colegio, y apaciguar el sentimiento de impotencia y desespero⁶. No; tienen que recibir más de lo mismo, pues nada cambiará en las estrategias de enseñanza. Vuelven las tensiones y trasnochos para los exámenes, ya que perder un curso no significa aprender cómo se debe estudiar. Y el resultado, lógicamente, es un nuevo fracaso. Con lo cual para muchos se configura el segundo bajo rendimiento y la expulsión.

¿Podremos decir que la responsabilidad de este segundo fracaso es enteramente del estudiante? No lo creemos así. Supongamos una solución alternativa: si, en lugar de volverlo a matricular de inmediato en lo que ya se sabe que no está listo para aprender, creáramos caminos alternos con la ayuda de profesores consejeros, le ofreciéramos cursos o módulos que le permitan apropiarse de conocimientos básicos a su carrera, y talleres para desarrollar las habilidades faltantes, ¿fracasaría de inmediato, aumentando las cifras de deserción?

Resultaría fácil para los directores de programa sacar los porcentajes de quienes pierden de nuevo al repetir las asignaturas básicas. Estos datos nos mostrarían un camino a seguir, si queremos lograr que quienes ingresan permanezcan. Mientras sigamos culpando a los estudiantes - y a su mala formación previa - por su fracaso, en lugar de modificar la situación que acabamos de describir, creando condiciones curriculares y de apren-

dizaje para que permanezcan, las cifras de deserción no bajarán⁷.

El tiempo perdido los santos lo lloran

Buena parte de los aspirantes, con tal de lograr un cupo en una Universidad con prestigio académico, amplia oferta de carreras, y bajísimas tarifas de matrícula (en comparación con las universidades privadas), elige una carrera que no es la de sus anhelos. Elección que tampoco está relacionada con sus gustos o intereses, aunque sí cumple una condición práctica: es la única en la que puede competir por un cupo, dado que sus resultados en el ICFES no fueron buenos.

Desde hace 3 años nos enteramos de que los aspirantes con bajos puntajes ICFES se inscriben en una carrera luego de hacer cálculos que ponen en relación sus resultados en el ICFES, el puntaje ICFES exigido y la demanda por esa carrera. En las últimas semanas de inscripciones de aspirantes, un observador atento puede percibir cómo los grupitos de jóvenes aspirantes se dan consejos unos a otros respecto a cómo hacer la selección usando estos cálculos de oportunidad. Si bien eligen algo que está muy alejado de sus anhelos - biología en lugar de medicina, licenciatura en filosofía en lugar de arquitectura, ingeniería agrícola en lugar de trabajo social - su convicción es que pronto podrán hacer transferencia a la carrera soñada. Esta situación es muy frecuente en carreras con menor demanda de cupos, y por tanto con una exigencia más baja en los puntajes del ICFES. Es así como muchos estudiantes, por ejemplo de las licenciaturas de Humanidades y de Educación corresponden a estudiantes «transeúntes»; esto también es frecuente en algunos planes de la Facultad de Ingenierías y de Salud, a los que ingresan estudiantes que soñaban con ser ingenieros (viéndose forzados a estudiar Estadística...), o médicos, pero que estudian laboratorio clínico, tecnología en Salud...

⁶ Jerome Bruner en su libro *The Culture of Education*, Harvard University Press, 1996 (p. 36 y 37), (traducido inadecuadamente con el título *La Educación Puerta de la Cultura*) insiste en que la educación debe contribuir a que el estudiante adquiera, gracias a su trabajo de formación y al empeño en transformarse, un sentimiento de la valía de sí. No se trata de una vanidad surgida del nuevo rol de estudiante universitario, sino del valor que se ha demostrado a sí mismo al asumir los retos y vencerlos.

⁷ Proponer soluciones innovadoras para problemas de los que nos quejamos permanentemente como profesores, pero que no analizamos, genera grandes resistencias y rechazos en el sistema. Éste necesita justificarse a sí mismo. Sólo que si calculáramos los costos económicos de sostener anualmente a tantos estudiantes repitiendo cursos que no les van a servir para gran cosa en la vida y que no van a aprobar, podríamos visualizar el despilfarro de recursos públicos. Si a ello le agregamos el costo familiar de sostener a un joven que no produce sino gastos, y en quien la inversión de esfuerzo y recursos se pierde, tendríamos más claras las implicaciones de nuestra visión reduccionista del problema de los «malos estudiantes». Desde mi ignorancia de los cálculos económicos tengo la convicción de que debería ser más económico proponer un curso nivelatorio en matemáticas básicas - o un semestre cero como ya decidió la Universidad Nacional - que costear las 2 y 3 repeticiones de Cálculo I que deben cursar tantos estudiantes de Ingenierías (aunque no solamente ellos).

Retomemos ahora la situación de los «estudiantes transeúntes». La universidad hasta ahora no ha tomado en serio el problema del ingreso de tantos primiparos que sólo buscan «quedar adentro», sin importarles en qué carrera son admitidos, quienes ingresan con la falsa creencia de que luego de estar adentro podrán fácilmente cambiarse a la carrera de sus sueños.

Ocurre que los profesores de las carreras más elegidas como trampolín, viven con gran molestia el hecho de que buena parte de sus estudiantes en los primeros semestres no tengan interés en los cursos que les ofrecen. Entonces deciden dedicar sus esfuerzos a quienes sí quieren aprender tales cursos, pues eligieron esa carrera para formarse en ella. Los otros estudiantes, los «transeúntes» son dejados de lado, pues ellos no muestran ninguna motivación por tales aprendizajes. Seguramente tal desinterés los llevará a salir pronto de la Universidad - por desinterés o por fracaso - habiendo pasado dos o más semestres sin que el paso por la llamada educación superior haya logrado en ellos transformación alguna.

Ante esta situación, la pregunta que nos hacemos es, ¿no podría aprovecharse de mejor manera su estadía en la universidad para desarrollarles habilidades académicas (que les servirán en cualquier carrera o tecnología), para despertarles interés en el conocimiento, para promover una lectura crítica de la realidad social?

Planteo de entrada dos modalidades posibles – aunque evidentemente existen muchas más.

1. Crear en la Universidad del Valle un ciclo de estudios genérico [similar al plan de Estudios Generales de la Universidad de los Andes], para un número limitado de estudiantes, al que ingresen quienes no saben qué quieren o pueden estudiar, para que vayan definiendo sus intereses guiados por profesores tutores o consejeros. No es un pre-universitario, pues las asignaturas que toman son parte de la oferta curricular de pregrado, y van ganando créditos; además ingresan habiendo aprobado el ICFES con un puntaje superior al de las carreras de menor puntaje. Cada semestre se les exige matricular y aprobar un número de asignaturas equivalente al de los planes de estudio

regulares, y con la guía de su tutor deberán ir seleccionado sus cursos, orientándose hacia carreras existentes; es decir, que al cabo de 2 o 3 semestres, con sus buenos promedios podrán ganarse el ingreso a la carrera de su elección⁸. Nadie podrá estar más de 4 semestres en este ciclo genérico.

Esta propuesta generará en muchos directores de programa el temor de que se alargue innecesariamente el programa de estudios para quienes ingresan de esta manera. No obstante, el beneficio es que se logra permanencia y culminación. Es decir, se les enseña a flotar, a no tener miedo a ahogarse, a aprender a nadar, y luego ellos definen su estilo y el tipo de competencia en la que van a participar.

2. Intentar convencer a los profesores de los planes de estudio elegidos como «trampolín», de que pueden desarrollar intereses en estos estudiantes por los temas de sus cursos, en lugar de hacerlos a un lado, movidos por el desespero de sentirlos tan indiferentes. Por ejemplo, si la licenciatura en Historia⁹ es una de las carreras donde muchos «transeúntes» se aburren a la espera de otra carrera, ¿no podría utilizarse ese «tiempo muerto» para crear en ellos conciencia histórica de su país? Seguramente ellos nunca serán profesores de Historia, pero sí serán adultos, y como tales buena falta les hace comprender el presente en función del pasado. Todos sabemos que el bachillerato colombiano no desarrolla la dimensión histórica que todos requerimos para entender las determinaciones culturales, sociopolíticas y económicas de nuestra vida social. Uno de los grandes problemas de nuestros conciudadanos es que no saben leer en el presente los efectos de situaciones nacionales recientes ni remotas; menos aún comprenden cómo las grandes potencias occidentales han determinado desde hace 5 siglos nuestra identidad, nuestras instituciones, nuestras prácticas cotidianas, nuestras guerras... Podríamos seguir, pero lo dicho es suficiente para señalar el desperdicio de recursos que se presenta en una universidad cuando de lo que se trata en los pregrados es solamente de acumular créditos para una carrera en particular, y no

⁸ Desde otra perspectiva, la Universidad de Antioquia – según nos informa *El Tiempo* del 15 de junio 2008 - ha implementado desde el 2002 el programa de **Educación Flexible**, consistente en permitir usar las sillas vacías, que dejaron los desertores, a quienes no han podido conseguir un cupo como estudiante regular. El buen rendimiento les va permitiendo a muchos acumular créditos hasta que logran regularizarse.

⁹ Pongo este ejemplo porque mi gran afición por la historia de las mentalidades y las sensibilidades me permite fantasear con lo que allí se podría hacer; pero algo equivalente debería ser posible con los cursos de otras carreras a las que entren estudiantes sin motivación



de ofrecer cursos y experiencias educativas que permitan formar seres pensantes.

Pero, si de lo que se trata es de crear intereses y habilidades que los estudiantes que recibimos en la universidad antes no tenían, resulta fundamental aprovechar esos cursos de los primeros semestres para **convertirlos en estudiantes**. Actualmente no resulta relevante dar cuenta de lo que una persona aprendió en el colegio; no obstante, otra era la situación hacia 1634 cuando Molière¹⁰ fue escolarizado en el mejor colegio de Francia de la época. En Clermont cursó 5 años; allí los alumnos recibían lecciones de historia, literatura antigua, derecho, física, química, teología, filosofía y griego, además del latín, que era la lengua de uso obligatorio entre los alumnos, y en la que se leía constantemente a los autores

clásicos y se representaban sus obras. En su último año siguió un estudio dirigido de filosofía con Pierre Gassendi; éste era profesor de retórica, excelente historiador, y descollaba en filosofía, física y matemáticas - si bien hoy sólo se lo recuerda como matemático. Seguidor de Copérnico, Bruno y Galileo, «Gassendi le infundió el amor por el razonamiento claro y preciso, el odio de la escolástica, el respeto de la experiencia». ¿Podremos suponer que para ser dramaturgo y autor de comedias bien habría podido Molière evitarse estos esfuerzos? ¿Son efectivamente una pérdida de tiempo los estudios generales, que no enseñan directamente los conocimientos del oficio?

Mi héroe ¿se convirtió en un hombre instruido en ese colegio? Yo no creo que ningún establecimiento

¹⁰ Mikhail Boulgakov, *Le roman de monsieur de Molière*. Paris: Gallimard, 1972, traducción del ruso.

de enseñanza pueda volver instruido a un hombre. Pero no por ello deja de ser cierto que una enseñanza bien concebida permite a alguien volverse un hombre disciplinado y adquirir hábitos que le serán útiles en el futuro, cuando tendrá que instruirse por sí mismo¹¹.

Programas pobres para alumnos con carencias

Las cifras sobre procedencia de los estudiantes de Univalle hoy en día muestran claramente que los estudiantes que están ingresando a nuestros programas pertenecen fundamentalmente a los estratos socioeconómicos 2 y 3. Su paso por la secundaria no les aportó lo que hemos descrito para Molière; ni se les ofreció lo que reciben los alumnos de colegios privados de clase media alta y clase alta. Si bien la Universidad del Valle sigue siendo la mejor oferta educativa en calidad y precio por estar subsidiada su oferta por el Estado – los estudiantes de clase media, e incluso de clase baja alta de Cali, cada vez más se orientan hacia las universidades privadas. Muchos de los hijos de clase media no quieren ingresar a una universidad en la que a lo largo de cada semestre hay interrupciones y detenciones en las actividades académicas, por lo que los programas deben ser dictados sin poder atender al cronograma inicialmente establecido, y muchas veces sin lograr cubrir todos los temas con el debido detenimiento. Por si esto fuera poco, los continuos tropeles y escaramuzas con el Smad asustan a familias que no quieren ver a sus hijos envueltos en conflictos peligrosos.

Estas situaciones han incidido grandemente en el cambio de la población estudiantil. Con lo cual cada vez más llegan jóvenes que han tenido una escolaridad muy deficiente, así pasen el ICFES con puntajes suficientes para ser admitidos.

Todas las experiencias educativas diseñadas en los últimos 40 años en Estados Unidos y Canadá para promover la inclusión y la permanencia en el sistema

educativo de los niños y adolescentes provenientes de sectores sociales antes excluidos, se basan en un principio básico: estos niños, adolescentes y jóvenes requieren *programas enriquecidos*, que les ofrezcan lo que sus experiencias familiares y escolares previas no les dieron, en cuanto desarrollo de las habilidades y relación con el conocimiento necesarios para triunfar en el sistema educativo. Fue esta la razón para que uno de los ponentes internacionales en el Primer Foro de Políticas de Infancia en Colombia¹², gran conocedor de los programas para la infancia en América Latina, enunciara con vehemencia que no podíamos en Colombia seguir ofreciendo «programas pobres para niños pobres».

A nivel universitario, programas pobres son aquellos que limitan las oportunidades, que en lugar de ampliar horizontes - promoviendo nuevas opciones, despertando intereses y enseñando las prácticas del trabajo intelectual -, se limitan a ofrecer a todos lo mismo, de manera invariable. Y esto, que se ofrece igual para todos, da por descontado que todos los primíparos que ingresaron están igualmente listos, y que sólo se trata de que se esfuercen y trabajen duro¹³.

La limitación de oportunidades se establece de muy diversas maneras: masificación de la enseñanza, inflexibilidad en la matrícula debida a la escasez de cupos en los cursos y a grandes limitaciones de horarios. La carencia de salones, la disminución de horas y días para utilizarlos (pues la jornada ampliada se dicta en estos mismos salones, y en los «jueves del tropel» y los «lunes Emiliani» muchos profesores no aceptan programación de clases), el mal aislamiento acústico de muchos salones y la escasez de medios audiovisuales, son algunos de los componentes de los programas pobres.

En estos últimos años hemos conocido suficientes casos de estudiantes esforzados que pronto fueron expulsados por el sistema. Sabemos, por haberlos entrevistado en profundidad y por haberles hecho segui-

¹¹ Bulgakov, (cap. 5, p. 44). La traducción al español es mía.

¹² Robert Myers del Consultative Group de Unicef. Bogotá mayo 2005.

¹³ En nuestro trabajo de acompañamiento a estudiantes que ingresan por condición de excepción étnica nos hemos dado cuenta de que en los colegios rurales y de pequeñas ciudades, los profesores animan constantemente a sus estudiantes de secundaria a ingresar a la Universidad; su creencia – que transmiten a los jóvenes – consiste en suponer que «si se esfuerzan», «si trabajan duro», lograrán volverse doctores (profesionales). Desafortunadamente nuestra experiencia nos ha mostrado que este consejo encierra un inmenso equívoco pues, cuando no se sabe cómo es estudiar en la Universidad ¿en qué consiste el gran esfuerzo? ¿caso en trasnochar los días previos al examen? Cuando algunos aspirantes a la universidad nos describen su determinación de ingresar y sostenerse «a punta de esfuerzos», nos damos cuenta de que para ellos no hay diferencia entre estos esfuerzos y los que hace quien decide irse a probar suerte como ilegal a otros país, así tenga que pasar muchos trabajos. El equívoco reside en que el trabajo intelectual tiene modalidades, tiempos, y hábitos que no se basan en la resistencia física y el valor frente a la adversidad.

miento, que el diploma de bachiller y el puntaje del ICFES no bastan; estas son condiciones necesarias pero no suficientes para asumir adecuadamente el rol de estudiante universitario y cumplir con las exigencias.

Si buena parte de los estudiantes que la Universidad del Valle está recibiendo semestralmente no han desarrollado todo lo que se requiere para comportarse como estudiante universitario autónomo, nuestra función como universidad - la mejor para los mejores - ¿es expulsarlos porque no logran seguir las enseñanzas, ni el estilo y ritmo de trabajo de sus profesores? ¿Qué cambios deberíamos hacer en el sistema curricular para que estos primiparos que nos llegan cargados de ilusiones, pues fueron los mejores alumnos de su colegio, no fracasen? ¿Qué innovaciones curriculares, que interacciones en las situaciones de aprendizaje podrían enriquecer sus experiencias académicas y posibilitarles la permanencia?¹⁴

Podemos persistir en nuestra posición frente al problema, sosteniendo las normas y las prácticas que hacen aflorar todas las deficiencias y limitaciones de formación escolar de los bachilleres que nos llegan. Con lo cual, las tasas de deserción se mantendrán - si es que no aumentan.

Podemos dar un giro amplio en nuestra mirada y aceptar que los mejores estudiantes no son los que nos están llegando, por lo cual nuestro reto es convertirlos en tales. Y esto no puede ser el esfuerzo de profesores aislados. Para ser efectiva, debe convertirse en una política institucional con mecanismos bien definidos y recursos asignados para implementarla.

Propuesta de un plan nivelatorio o semestre cero

En los años 2006 (semestre 02) y 2007 (semestre 01) el proyecto *Universidad y Culturas* implementó con muy buenos resultados un plan nivelatorio¹⁵ para los estudiantes indígenas y afrodescendientes que en agosto 2006 ingresaron usando la condición de excepción étnica. Este plan fue necesario programarlo como una experiencia piloto ya que su formalización como un plan

registrado y obligatorio aún no era posible. Este carácter de plan piloto nos costó esfuerzos inauditos a los miembros del equipo, a Registro Académico y a muchos directores de programa que creyeron en la iniciativa y nos apoyaron. ¿Por qué una oferta de nivelación, a quien la requiere, sería rechazada? Las razones son muchas, pero me centraré en dos:

1. La imposibilidad de quien no tiene las condiciones académicas que la universidad exige desde las primeras semanas de clase de primer semestre, pueda reconocerlo. Cuando la única manera de estudiar que se conoce es la que se practica en bachillerato; cuando no se conoce en qué consiste el trabajo intelectual, ni cuáles son las habilidades que posibilitan el trabajo académico; cuando con el conocimiento se tiene una relación superficial y completamente instrumental; cuando aprobar año tras año no exigió mayor esfuerzo; cuando podía considerarse el mejor o uno de los mejores estudiantes de su colegio sin haber desarrollado nunca hábitos de estudio, habilidades de lectura comprensiva ni de escritura expresiva... Cuando todas estas condiciones se unen, ¿puede un joven de 15 a 17 años reconocer en sí mismo carencias de formación?
2. La presión familiar. El o la joven sabe que para su familia es un sacrificio económico muy grande sostenerlo como estudiante (muchas veces muy lejos de casa), y que le han solicitado que sea dedicado y juicioso, que no pierda el tiempo y que regrese graduado lo más pronto posible. Para estos jóvenes, la idea de un semestre previo a la carrera para crearles condiciones de permanencia va en contravía de sus decisiones: ellos no pueden «atrasarse». De nada vale explicarles que es mejor dedicar un semestre a su formación, antes de iniciar los cursos de la carrera, y que apresurarse solo conduce al estrellón, al fracaso, y muy seguramente a salir de la Universidad

¹⁴ El profesor Boris Salazar, en el número 4 de *El Observador Regional*, «¿Qué debemos aprender de los desertores?: Deserción y decisión racional en la Universidad del Valle», diciembre 2007, propuso retomar en nuestra Universidad el **año básico**. Así mismo, las directivas de la Universidad Nacional, al comprobar el inmenso peso que la carencia de las condiciones académicas exigidas tiene en el fracaso y deserción de sus estudiantes universitarios, decidieron implementar el **Semestre Cero** a partir de enero del 2009.

¹⁵ Véase el *Informe Ejecutivo de Actividades 2005 - 2007 del Proyecto Universidad y Culturas*, entregado a Rectoría y Vicerrectoría Académica en noviembre 2007. En este informe se detallan los datos de fracaso académico de los grupos étnicos a lo largo de la existencia de esta condición de ingreso, y se muestra cómo la tendencia al fracaso se invierte gracias a iniciativas como el plan nivelatorio. De una permanencia de 37.5 luego de 4 semestres en la Universidad, se pasó -comparando 2 cohortes- a una permanencia de 62.5% en el mismo lapso de tiempo. A nivel cualitativo los testimonios son igualmente impactantes; estos están registrados en videos del proyecto.

prontamente. Nadie lo acepta como razonamiento válido.

Sabemos que el semestre nivelatorio es necesario. Lo hemos comprobado con los estudiantes de condición étnica, pero igualmente con muchos otros. Actualmente estamos haciendo una investigación con primiparos de ingeniería agrícola que incluye el seguimiento al grupo completo; estos, ya cambiaron el tono optimista de la encuesta que les aplicamos al iniciar el semestre: de la seguridad que mostraban en sus habilidades y conocimientos, ahora nos hablan del «estrellón»; nos dicen que ni siquiera como ejercicio de diferenciación podemos comparar lo que es estudiar en bachillerato con lo que es hacerlo en la Universidad. Por su parte, los profesores a quienes entrevistamos están desconcertados: *¿De qué me sirve enseñarles la Química tratando de acercársela a los contextos de su carrera, si ahora veo que no me siguen, no me entienden? Y si no, ¿por qué el parcial resultó siendo una feria de unos?*

Es urgente proponer y reglamentar un semestre nivelatorio, para todos los admitidos que lo requieran. La admisión tendrá que acompañarse de pruebas clasificatorias en matemáticas, lectura y ojalá en otras habilidades académicas, que permitan diferenciar quiénes pueden ingresar directamente a la carrera sin riesgo de fracaso inmediato y quiénes no.

Colofón

Al inicio de esta reflexión llamé *síntoma* al hecho de que se llame deserción al fracaso académico de tantos estudiantes, y que de esta manera nos desculpabilicemos en cuanto profesores y como institución. En clínica llamamos *síntoma* a aquello que muchos toman como signo, como lo que aparece en la superficie (del cuerpo individual o del cuerpo social) y lo tratan como tal - haciendo lo que algunos llaman un tratamiento sintomático. Sin embargo, el *síntoma* no es signo sino *indicio* que debe ser leído como expresión y manifestación camuflada de algo que no puede aparecer como lo que realmente es, porque su sentido subvierte el orden establecido.

No podemos suponer que el «orden establecido» lo sostienen unilateralmente las directivas de nuestra institución. Sin nuestra colaboración como profesores - que no vemos ni reconocemos que nuestros estudiantes se están «ahogando» frente a nosotros, y no buscamos otras estrategias y medios para enfrentar el masivo problema del fracaso -, y sin la pasividad cómplice de tantos alumnos, ¿se sostendría tal orden?

María Cristina Tenorio

cristenorio@cable.net.co

Cali, enero 3 del 2008¹⁶

¹⁶ Escribí esta reflexión al iniciar el nuevo año, con el interés de invitar a mis colegas profesores a pensar nuestro nuevo papel en la Universidad, dado el cambio en los estudiantes que nos llegan. Cinco meses después, puedo confirmar que las características descritas en los estudiantes no han cambiado, mientras que el interés y compromiso de las directivas de la Universidad del Valle sí lo ha hecho: el próximo semestre, con el apoyo de la Vicerrectoría Académica y la Daga, desde el proyecto *Universidad y Culturas* ofreceremos para los primiparos indígenas y afrocolombianos una electiva complementaria con 4 grupos, en total 120 cupos - *Vida universitaria*. Esta electiva tendrá dos niveles: Nivel I para primiparos, *¿Cómo ubicarse en la Universidad y responsabilizarse de su aprendizaje?*; Nivel II, para semestre 02, *¿Qué es aprender y estudiar la carrera en la Universidad?*. Varios directores de programa nos han manifestado su interés en que este mismo curso, u otros similares, se ofrezcan a los estudiantes en general; por ahora la oferta es limitada, pero confiamos que en un futuro próximo otros profesores y programas decidan ofrecer nuevos cursos, y el Consejo Académico decida crear un plan nivelatorio que nos permita volver «Los mejores» a los estudiantes que están ingresando a nuestra Universidad.